CAPÍTULO LXXII.

De cómo Don Quijote y Sancho llegaron á su aldea.

TODO aquel día esperando la noche estuvieron en aquel lugar y mesón Don Quijote y Sancho, el uno para acabar en la campaña rasa la tanda de su disciplina, y el otro para ver el fin della, en el cual consistía el de su deseo.

Llegó en esto al mesón un caminante á caballo con tres ó cuatro criados, uno de los cuales dijo al que el señor dellos parecía:

—Aquí puede vuesa merced, señor Don Alvaro Tarfe, pasar hoy la siesta: la posada parece limpia y fresca.

Oyendo esto Don Quijote le dijo á Sancho:

—Mira, Sancho, cuando yo hojée aquel libro de la segunda parte de mi historia, me parece que de pasada topé allí este nombre de Don Alvaro Tarfe.

—Bien podrá ser, respondió Sancho, dejémosle apear, que después se lo preguntaremos.

El caballero se apeó, y frontero del aposento de Don Quijote la huéspeda le dió una sala baja, enjaezada con otras pintadas sargas como las que tenía la estancia de Don Quijote.

Púsose el recién venido caballero á lo de verano, y saliéndose al portal del mesón, que era espacioso y fresco, por el cual se paseaba Don Quijote, le preguntó:

—¿Adónde bueno camina vuesa merced, señor gentilhombre? Y Don Quijote le respondió:

—A una aldea que está aquí cerca, de donde soy natural. ¿Y vuesa merced donde camina?

—Yo, señor, respondió el caballero, voy á Granada, que es mi patria.

—Y buena patria, replicó Don Quijote; pero dígame vuesa merced por cortesía su nombre, porque me parece que me ha de importar saberlo más de lo que buenamente podré decir.

—Mi nombre es Don Alvaro Tarfe, respondió el huésped. A lo que replicó Don Quijote:

—Sin duda alguna pienso que vuesa merced debe de ser aquel Don Alvaro Tarfe, que anda impreso en la "Segunda parte de la historia de Don Quijote de la Mancha," recién impresa y dada á la luz del mundo por un autor moderno.

—El mismo soy, respondió el caballero, y el tal Don Quijote, sujeto principal de la historia, fué grandísimo amigo mío, y yo fuí el que le sacó de su tierra, ó á lo menos le moví que viniese á unas justas que se hacían en Zaragoza, adonde yo iba, y en verdad en verdad que le hice muchas amistades, y que le quité de que no le palmease las espaldas el verdugo por ser demasiadamente atrevido.

—Y dígame vuesa merced, señor Don Alvaro, ¿parezco yo en algo á ese tal Don Quijote que vuesa merced dice?

—No por cierto, respondió el huésped, en ninguna manera.

—Y ese Don Quijote, dijo el nuestro, ¿traía consigo á un escudero llamado Sancho Panza?

—Sí traía, respondió Don Alvaro, y aunque tenía fama de muy gracioso, nunca le oí decir gracia que la tuviese.

—Eso creo yo muy bien, dijo á esta sazón Sancho, porque el decir gracias no es para todos; y ese Sancho que vuesa merced dice, señor gentilhombre, debe de ser algún grandísimo bellaco, frión y ladrón juntamente, que el verdadero Sancho Panza soy yo, que tengo más gracias que llovidas; y si no, haga vuesa merced la experiencia, y ándese tras de mí por lo menos un año, y verá que se me caen á cada paso, y tales y tantas, que sin saber yo las más veces lo que me digo, hago reir á cuantos me escuchan; y el verdadero Don Quijote de la Mancha, el famoso, el valiente y el discreto, el enamorado, el desfacedor de agravios, el tutor de pupilos y huérfanos, el amparo de las viudas, el matador de las doncellas, el que tiene por única señora á la sin par Dulcinea del Toboso, es este señor que está presente, que es mi amo: todo cualquier otro Don Quijote y cualquier otro Sancho Panza es burlería y cosa de sueño.

—Por Dios que lo creo, respondió Don Alvaro, porque más gracias habéis dicho vos, amigo, en cuatro razones que habéis hablado, que el otro Sancho Panza en cuantas yo le oí hablar, que fueron muchas. Más tenía de comilón que de bien hablado, y más de tonto que de gracioso; y tengo por sin duda que los encantadores que persiguen á Don Quijote el bueno han querido perseguirme á mí con Don Quijote el malo.

Pero no sé qué me diga, que osaré yo jurar que le dejo metido en la casa del Nuncio en Toledo, para que le curen, y ahora remanece aquí otro Don Quijote aunque bien diferente del mío.

—Yo, dijo Don Quijote, no sé si soy bueno, pero sé decir que no soy el malo: para prueba de lo cual quiero que sepa vuesa merced, mi señor Don Alvaro Tarfe, que en todos los días de mi vida no he estado en Zaragoza; antes por haberme dicho que ese Don Quijote fantástico se había hallado en las justas desa ciudad, no quise yo entrar en ella por sacar á las barbas del mundo su mentira, y así me pasé de cla-

Abre los ojos, deseada patria, y mira que vuelve a ti Sancho Panza tu hijo.